



Cuatro días de muerte y resistencia

Javier Alcolea Rodríguez

Cuatro días de muerte y resistencia

Javier Alcolea Rodríguez

A mis padres

La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.

Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Pablo Neruda, *Poema 20*

*Las hojas muertas se recogen con pala,
ya ves, no he olvidado.*

*Las hojas muertas se recogen con pala,
los recuerdos y las añoranzas también.*

Jacques Prévert, *Les feuilles mortes*

Dame fuerzas, cuerpo, para recordar. Tráeme ante los ojos horribles imágenes, amasijos de hierro, humo, fuego, caras desencajadas de dolor, caras iracundas, caras sorprendidas, caras decepcionadas. Escuchad de nuevo, oídos, las sirenas, los llantos, las palabras, los gritos, las mentiras, el silencio. Siente el miedo, cuerpo, la tristeza, la soledad, el vacío, la impotencia, la ira, la esperanza. Siente el calor de los otros cuerpos que te abrazaron desesperados, generosos. Recuérdalo siempre, cuerpo, no olvides, pues quieren imponer su mentira y no pararán, pero tú recuerda, cuerpo, porque mientras recuerdes seguirá viva la resistencia.

Prólogo. Miércoles, 10 de marzo de 2004

Recuerdos, recuerdos esparcidos por el suelo como fragmentos de un cristal roto. Aquella mañana de primavera del año 2000 supimos por primera vez que las cosas habían cambiado. Nos manifestábamos los universitarios por segunda vez contra el *informe Bricall*, preludio de la LOU, y la cosa pintaba fea. El PP acababa de obtener la mayoría absoluta en las elecciones generales tras el asesinato por parte de ETA de Fernando Buesa, y el número de policías desplegados era enormemente superior al de la primera protesta. Por primera y última vez hasta ahora en nuestra vida, Olga y yo formamos parte del servicio de orden. Llevábamos un brazalete rojo, y teníamos que evitar a toda costa que alguno de nuestros compañeros se desbocase, ante el desproporcionado número de antidisturbios. Frente al ministerio, una

docena de ellos se introdujo hasta el centro de la manifestación con la única intención de provocar. Buscaban cualquier excusa para cargar, y como no se la dábamos, pasaron al juego sucio. Permanecieron allí quietos, y como servicio de orden tuvimos que protegerlos de la ira de nuestros compañeros formando un cordón a su alrededor. Acabaron marchándose. A las dos en punto, hora del fin de la manifestación, la policía empezó a cargar brutalmente para dispersarnos, sin que nadie hubiera hecho nada. Todo un preludio de lo que estaba por venir.

Recuerdos, como aquella tarde de septiembre en que cambió el mundo. Acababa de llegar a la oficina cuando el segundo avión colisionó contra la segunda torre. Todo era confusión. Me vino enseguida a la cabeza aquel otro 11 de septiembre que yo era demasiado joven para haber vivido, el bombardeo del palacio presidencial, la muerte de Allende, el ascenso de Pinochet gracias a los dólares provenientes del lugar que ahora ardía ante las cámaras de todo el mundo. O la desazón que sentí aquella otra mañana de primavera al contemplar en la televisión las imágenes de los primeros bombardeos de Irak. Hacía menos de una semana de la segunda gran manifestación contra la invasión; no habíamos conseguido nada. A partir de entonces la cosa se puso fea y la policía especialmente bruta.

Vivía entonces en una torre de marfil. Cuatro meses atrás, a nuestro regreso de Argentina, Olga y yo habíamos decidido separarnos temporalmente para prepararnos unas oposiciones a profesor de filosofía de bachillerato, y yo volví a casa de mis padres en Getafe. Todavía vivía allí mi hermana pequeña, aunque pasaba el día en el trabajo, en ballet o con su novio. Yo cobraba el seguro de desempleo y me tiraba todo el tiempo estudiando, aislado del mundo salvo para ir al gimnasio a practicar artes marciales o para tomarme algo con los amigos y Olga, con los cuales compartía la monotonía que supone pasar por el trago de prepararse unas oposiciones de este tipo. Aquel miércoles, supongo, aunque no recuerdo bien, me levantaría no muy temprano para estudiar, comería, leería algo y me pondría a estudiar de nuevo a eso de las cuatro, hasta más o menos las siete y media de la tarde. Leería otro poco y después iría al gimnasio de nueve a diez. A la vuelta me ducharía, cenaría, hablaría un rato con Olga por teléfono, leería otro rato y me iría a acostar a las doce o la una.

I. Jueves, 11 de marzo de 2004

Mi madre entró llorando en la habitación, histérica. Eran las nueve menos cuarto de la mañana y me despertó de golpe y porrazo para hacerme caer en una pesadilla. “¡Ha habido un atentado en Madrid, hay muchos muertos!”, acertaba apenas a decir. Las imágenes de la televisión eran espantosas, no había sido uno, sino cuatro los atentados. En hora punta, en

zonas muy concurridas por gente que va a trabajar o a estudiar. Se había buscado provocar el mayor daño posible. Era una carnicería. Mi madre no conseguía localizar a mi hermana, que por la hora podía haber estado perfectamente en Atocha. Las líneas estaban colapsadas. Qué barbaridad, qué barbaridad, me repetía en la cabeza. No era capaz de hacerme cargo racionalmente de la situación. Tenía náuseas. Mi madre no paraba de ir de un lado para otro con el teléfono móvil. Por fin conseguimos hablar con mi hermana, estaba en la estación de Villaverde Alto, y allí se había encontrado con mi primo; el tren los había dejado a mitad de camino de Atocha. Esa mañana se había quedado dormida y llegaba tarde al trabajo. Pensé en Olga y en su hermana; era muy poco probable que estuvieran en alguno de los trenes, dado que vivían en Manoteras, al norte de Madrid. Olga estaba en la misma situación que yo, estudiando las oposiciones y cobrando el subsidio de desempleo, con lo cual no tenía que madrugar para ir a ningún sitio, y su hermana no tenía necesidad de pasar por Atocha para ir a la universidad. La llamé; comunicaba. Era una buena señal. Finalmente conseguí hablar con ella, estaba bien; que supiéramos, no había ningún otro familiar que hubiera podido encontrarse en los lugares donde acababan de estallar las bombas. Estábamos desconcertados por la cantidad de muertos, provenientes además de barrios obreros, y por quién podría haber cometido esa salvajada. Habíamos asumido ya la macabra costumbre del atentado de ETA antes de unas elecciones, pero esto sobrepasaba con creces hasta la más brutal acción de la banda. ¿Quién había hecho esto?

Cogí el coche y me fui a buscar a mi hermana y a mi primo. Estaba absolutamente desolado. En M-80 el locutor llamaba a la calma y a la reflexión, a no dejarse llevar por la ira a la hora de votar el domingo. Mandaba sus condolencias a los familiares de las víctimas. Al menos los míos estaban vivos, entraron en el coche e hicimos un par de bromas por los nervios, pero enseguida nos pusimos muy serios. Mi hermana se empeñó en ir a trabajar y se llevó el coche. A esa hora Arnaldo Otegi condenaba el atentado y desvinculaba a ETA del mismo. Su cara estaba desencajada por el estupor; era demasiado brutal como para poder hacerse cargo políticamente de ello; en su salvajismo cuantitativo habría supuesto un salto cualitativo en la actividad terrorista etarra; por otro lado, podía haberse tratado de una escisión de la banda, como ocurrió con el IRA en la matanza de Omagh de 1998. Todo esto lo reflejaba la cara de Otegi. Una barbaridad así atribuida a la ETA hubiera supuesto el fin de la izquierda abertzale, pues la represión desatada contra ellos no hubiera tenido resistencia en una ciudadanía aún en estado de shock por el atentado. El líder de Batasuna fue, sin embargo, el único político que esa mañana desvinculaba a ETA del mismo, y su significativo gesto hubiera debido tenerse en cuenta por los líderes del PNV, IU y PSOE antes de caer en la

imprudencia y el ridículo de atribuir a alguien un atentado sin haber reunido antes la información suficiente para hacerlo, error que sin embargo rectificaron en la noche del mismo día 11, pidiendo disculpas. No sólo no había habido ningún comunicado por parte de la banda, sino que además el máximo representante de la izquierda abertzale lo condenaba públicamente. La política del gobierno, sin embargo, era otra. Eran plenamente conscientes de la cantidad de votos que les llovería si los atentados los hubieran cometido los etarras en un momento en que las encuestas les hacían perder la mayoría absoluta. A partir de esa mañana, el presidente Aznar y sus ministros se aferraron a la tesis de la autoría de ETA como a un clavo ardiendo para conservar dicha mayoría en las elecciones generales del domingo. A lo largo de su última legislatura, los conservadores habían encontrado en el terrorismo vasco el argumento para deformar la endeble democracia española con leyes de excepción y dosis de autoritarismo cada vez más insostenibles que habían llegado a ser denunciadas por organismos de derechos humanos como Amnistía Internacional. Dichas leyes supuestamente diseñadas para traernos la paz llevaban a la cárcel como terroristas a jóvenes estudiantes en Madrid o en Sevilla por protestar contra la reforma universitaria, o a sindicalistas por hacer piquetes. Los atentados de ese jueves eran el incendio de Roma particular del PP para justificar un salto adelante totalitario a imagen y semejanza del que habían llevado ya a cabo sus aliados orgánicos neocon en los Estados Unidos, cuyas obras más evidentes eran la Patriot Act y Guantánamo. Si vencía su tesis, la larga y lenta resistencia que se había ido gestando contra el gobierno de Aznar y sus excesos antidemocráticos se iría a pique. La acampada de los trabajadores de Sintel en el verano de 2001, el masivo rechazo universitario de la LOU del mismo otoño, la huelga general de junio de 2002, la campaña solidaria y reivindicativa surgida tras la crisis del Prestige y su lamentable gestión gubernamental del noviembre siguiente y sobre todo la resistencia a la participación española en la invasión de Irak de la primavera de 2003 habían generado un movimiento contestatario lo bastante importante como para que en la izquierda institucional sintieran que se les había ido de las manos, pues amenazaba con poner en cuestión las miserias y los silencios de la transición. Era necesario acabar con él, y una victoria electoral del PP lo hubiera hecho a golpes de represión y de una ley de excepción tras otra. Todo parecía haberse hundido de la manera más espantosa posible.

La cifra de muertos aumentaba por momentos. Me veía impotente en mi casa, quería ayudar en lo que fuese a esa pobre gente, pero era inútil, no podía ir a Madrid, no podía hacer nada. Llamé otra vez a Olga; se iba al Ramón y Cajal con su hermana a donar sangre. Desde primera hora de la mañana los hospitales se habían llenado de donantes, gente dispuesta a ayudar como fuese. Yo ni siquiera podía donar sangre por culpa de mi enfermedad. Estaba

desesperado. Finalmente decidí ir al gimnasio a darle unos golpes al *punching-ball*, era absurdo ponerme a estudiar. Getafe estaba singularmente solitario esa mañana. A la vuelta, Ángel Acebes, ministro de Interior, declaraba ante la prensa que no había duda de la autoría de ETA. Poco después hacía lo propio el presidente Aznar. Zapatero se apuntaba al carro pidiendo *unidad democrática*. Como a lo largo de los últimos cuatro años, el PSOE nadaba a la deriva. El gobierno, a través del ministerio de Asuntos Exteriores, obligaba a los embajadores españoles a defender su tesis, y a eso de las seis de la tarde, el Consejo de Seguridad de la ONU condenaba los atentados, atribuyéndoselos a ETA. Para entonces, según declaró el día 14 de marzo de 2007 ante el juez Bermúdez el en esos momentos jefe de la Unidad Central de Desactivación de Explosivos de la Policía, Juan Jesús Sánchez Manzano, ya se sabía desde hacía al menos una hora que los explosivos utilizados en la matanza no pertenecían a etarras. Desde ese momento, en su desesperado intento por no perder su mayoría absoluta, el gobierno se enfrentó al propio aparato de Estado al obligar a la policía a ocultar sus descubrimientos y mantener la que era ya mentira oficial, confiando en que el cuerpo de seguridad pasaría por el aro; hasta ese punto estaban convencidos los derechistas de su control sobre el Estado. Sin embargo, les fallaron los cálculos. A las ocho de la noche, el propio Acebes se veía obligado a informar del hallazgo de una furgoneta en Alcalá de Henares con detonadores y una cinta con versículos del Corán, lo cual hacía al menos sospechar que los atentados habían sido realizados por grupos islamistas, aunque el ministro insistía en la responsabilidad etarra y acusaba a los que dudasen de su palabra de querer generar confusión. Veinte minutos antes la policía había encontrado en uno de los vagones siniestrados una bomba sin explotar que fue trasladada a una comisaría de Vallecas. El gobierno tardaría casi 24 horas en dar a conocer el hallazgo. A la misma hora el Rey se dirigía a los españoles para lo de siempre, pedir la *unidad de los demócratas*, que en la práctica suponía el sometimiento de todos a la postura oficial del gobierno. Con ese empujoncito real, el presidente convocaba para el día siguiente una manifestación de repulsa a los atentados que daba asimismo de lado la hipótesis de la autoría islámica. El lema "*Con las víctimas, con la Constitución, por la derrota del terrorismo*" incidía en la tesis gubernamental de ETA al sacar a colación la Constitución, lo cual significaba que el PP estaba dispuesto a llegar con la mentira hasta el final y ponía en movimiento todas sus fichas.

Olga y su hermana se pasaron un rato por mi casa antes de salir hacia Toledo para estar con su madre. Teníamos ganas de vernos, el panorama era áridamente desolador. Los cadáveres habían sido llevados al IFEMA, donde se habilitó un pabellón para que pudieran ser reconocidos por sus familiares. Si ganaba el domingo, el PP levantaría un Leviatán sobre

sus tumbas. Por primera vez sentí la nauseabunda sensación que me acompañaría durante los tres días siguientes: el mundo había cambiado profundamente. El suelo que hasta ahora había permanecido firme bajo nuestros pies temblaba y se abría sin remedio. Doscientos trabajadores y estudiantes habían sido despiadadamente abatidos por bombas sin un aviso previo cuando se dirigían a sus lugares de trabajo o estudio como cada día. Doscientos civiles desarmados que no mostraban actitudes bélicas, que no representaban una amenaza para nadie. Nuestro modo de vida, tal como lo habíamos entendido hasta entonces, se desmoronaba para siempre.

Pasadas las diez y media llamó Pablo desde Londres.

- ¿Cómo estáis?
- Los que seguimos vivos, bien, de momento.
- La BBC acaba de informar que Al-Qaeda ha reivindicado los atentados en un diario árabe de aquí, de Londres.
- ¿En serio?
- Sí, lo han dicho hace un rato. ¿Allí no dicen nada?
- No, aquí insisten en la ETA, van a seguir insistiendo en la ETA hasta después de las elecciones. Es su baza.

Después se puso Míriam.

- ¿De verdad no han dicho nada en Madrid?
- Nada de nada.
- ¡Ha sido Al-Qaeda! ¡Lo quieren ocultar porque relaciona los atentados con la guerra de Irak!
- Eso parece; nos queda saber si toda su maquinaria propagandística será capaz de conseguirlo.- Recordé la huelga general de junio de 2002. Olga y yo vivíamos en París entonces. Mis padres nos llamaron para preguntar si sabíamos algo acerca de las manifestaciones en las que ellos mismos habían participado, pues la televisión no decía nada. En la TF1 francesa, sin embargo, salieron imágenes de Madrid, Barcelona y Sevilla, con manifestaciones muy pobladas. Tuvieron que llamar al extranjero para conocer que la huelga general había salido bien, dado que ninguno maneja internet, al igual que la mayoría de la gente.
- De todos modos, era muy raro que fuese ETA, no es su forma de actuar.
- Teníais que haber visto la cara de Otegi esta mañana, no le llegaba la camisa al cuello. Condenó el atentado y negó que lo hubiese cometido ETA, esas dos cosas ya eran lo bastante significativas, pero podía haber sido una escisión radical de la banda. Él

mismo parecía barajar la posibilidad. Era muy raro, sí, pero yo no sabía qué pensar, estaba desconcertado, todavía lo estoy, ha sido una salvajada. Pero ahora parece más claro todo.

Llamé a Olga para contarle la noticia. No le sorprendió. La incógnita ahora era cómo respondería la gente. Desde luego, el pueblo español no era tan estúpido como para no poder sumar dos más dos, o guerra de Irak no deseada más atentados islamistas como consecuencia de nuestra presencia militar en ella. La Casa de España en Casablanca había sido atacada por terroristas islámicos menos de un año antes y sólo unos meses atrás Osama Ben Laden había declarado nuestro país *objetivo militar* por su participación en la rapiña irakí. Si se rompía el poderoso cerco de acero informativo del gobierno era posible su derrota. Si no, nos esperaban tiempos negros.

El mundo había cambiado para siempre, y esa pobre gente no viviría para verlo. Pero los que habíamos sobrevivido no podíamos quedarnos quietos contemplando cómo nos dirigíamos vertiginosa e inexorablemente hacia un régimen protofascista. ¿Qué podíamos hacer nosotros, pobres ciudadanitos de a pie? No recuerdo cómo conseguí quedarme dormido, ni a qué hora.

II. Viernes, 12 de marzo de 2004

No había sido una pesadilla. Al día siguiente me levanté con la absurda evidencia de que, a pesar de todo, la vida continúa. Ya había concentraciones de repulsa al atentado convocadas frente a los ayuntamientos a las doce de la mañana; se había repetido tantas veces a lo largo de los últimos años la dinámica atentado-manifestación de repulsa que la fuerza del hábito tendía a presentárnosla como una relación causal inevitable, de modo que los ciudadanos y las instituciones realizaban ya este tipo de actos de una manera tan mecánica que parecían obedecer a leyes de la naturaleza. Sin embargo, durante la última legislatura el PP había aprovechado su mayoría absoluta en el Congreso para añadirle una nueva medida represiva a cada atentado que desvirtuara cada vez más la democracia parlamentaria española. Y así se sucedieron el pacto antiterrorista, que encarcelaba estudiantes y sindicalistas, el cierre de Egunkaria, la detención de Pepe Rei, la Ley de Partidos, las denuncias por torturas de Amnistía Internacional, la ilegalización de Batasuna y la teoría del *entorno de ETA*, que amenazaba ya con meter en la cárcel hasta al mismísimo lehendakari Ibarretxe si cometía la totalitaria osadía de convocar un referéndum! ¿Qué hubiera pasado en este país si algo así llega a ocurrir? Cuando el gobierno hablaba de la “balcanización” del País Vasco, parecía

tomar cada vez menos esta interpretación como un aviso y más como un objetivo a alcanzar. Fue una época de verdadera asfixia democrática. El maniqueísmo simplista de la derecha hacía pasar por amigo de los terroristas a todo aquél que protestara ante la naturaleza autoritaria de sus medidas. Sin las trabas estratégicas de la primera legislatura, en la que el PP se vio obligado, por sus pactos con los nacionalistas, a mantener una apariencia centrista y moderada, los democristianos españolistas sustituyeron al Cristo que ofrecía su otra mejilla por aquél que afirmaba amenazante que quien no estaba con él, estaba en su contra, de modo que todos aquéllos que nos atrevíamos a discutir sus medidas antiterroristas por antidemocráticas, teníamos que hacerlo prometiendo sobre *El espíritu de las leyes* de Montesquieu que no teníamos ninguna relación con la ETA, cuya lamentable y asesina estrategia militarista nos ponía, así como a sus propios aliados políticos, cada vez más contra las cuerdas. Aznar convirtió las manifestaciones de rechazo a la violencia etarra en muestras de apoyo a su estrategia de la represión como única solución al conflicto vasco, que se encontraba cada vez más en un atolladero; para todo esto contó con la inestimable y vergonzosa ayuda de un partido socialista completamente a la deriva, sin rumbo y en el lodo, como canta el bolero. Porque en ese momento el PSOE parecía sacado de un bolero. Sólo algunos militantes socialistas fueron lo bastante inteligentes como para adivinar que su apoyo al PP se les acabaría volviendo en contra, y que el claro componente fascista de la dialéctica amigo-enemigo que llevaba a cabo el gobierno acabaría también llevándose al PSOE por delante. Así lo expresaba Gemma Zabaleta, militante del PSE, en 2003, y no se equivocaba, como podemos comprobar cuatro años después. Durante los cuatro días de marzo quien no aceptara la tesis oficial de la autoría de ETA era un paranoico, o un traidor, o un irresponsable, o sospechoso de simpatizar con los terroristas, y la gente acabó dándose cuenta de la farsa, pues llevaba ya casi cuatro años oyéndose lo mismo contra todo aquél que, por un chapapote o una invasión de Irak, no hubiera respaldado al gobierno en tal o cual decisión, de modo que Aznar y los suyos habían ido estrechando poco a poco el círculo de los amigos, haciendo cada vez más grande el de los enemigos. A la vista de lo ocurrido a lo largo de los últimos cuatro años, era evidente que si el gobierno ganaba las elecciones, habría dado un salto cualitativo en su escalada represiva contra el movimiento obrero y estudiantil vasco y no vasco de unas dimensiones que no podíamos aventurar. Un Partido Popular crecido tras una hipotética victoria electoral el 14 de marzo, para lo cual tendría que haber funcionado su tesis de la autoría de ETA, con una sociedad paralizada y estupefacta, los tres poderes estatales bajo su mando y un enorme control de la propaganda, cosas estas últimas de las que había

hecho gala sin pudor en su última legislatura, hubiera llegado muy lejos en sus barbaridades. Por suerte esta suposición no es más que política ficción.

Por la mañana, Iñaki Gabilondo informaba en la SER del descubrimiento de la bomba que no había llegado a estallar. El explosivo del artefacto no era el que ETA solía utilizar y el detonador resultaba idéntico a los hallados en la furgoneta de Alcalá de Henares. Unas horas después, tras la reunión del Consejo de Ministros, el presidente del Gobierno llamaba a los ciudadanos a acudir a la manifestación de por la tarde y se defendía como gato panza arriba ante los periodistas. Rechazó las declaraciones de Otegi (“*[el gobierno] no concede ni concederá ningún crédito a las declaraciones de portavoces de organizaciones ilegales que exculpan o hablan en nombre de una organización terrorista*”), y ante las cuestiones que se le planteaban acerca de qué línea de investigación se estaba siguiendo, respondió con ferocidad: “*¿Es que alguien piensa que un gobierno con dos dedos de frente en España, después de 30 años de terrorismo, ante un atentado como el de ayer, no tiene que pensar lógicamente, razonablemente, que puede ser esa banda su autora? Esa organización terrorista está hecha para matar y mata todo lo que puede. Es lo que hace y a veces lo consigue (...). Ésa es una línea de investigación que cualquier gobierno de España que no haya perdido la cabeza tiene que seguir y que nosotros seguimos. Naturalmente, si hay otras hipótesis, también las vamos a seguir*”. A la una de la tarde, Ángel Acebes, en una nueva comparecencia ante las cámaras, reiteraba que la principal vía de investigación era la de ETA, cuando ya nada hacía apuntar a ella y cada vez había más pistas que hacían inducir que se había tratado de una acción de islamistas, y sólo a las seis y media de la tarde, tan sólo media hora antes del comienzo de la manifestación convocada por el gobierno, informaba en una nueva rueda de prensa de la existencia de la bomba de la comisaría de Vallecas. Para entonces ETA ya había llamado al diario *Gara* y a la televisión autonómica vasca para desvincularse del atentado.

¿Qué hacer? Lo poco que podíamos. Hablar con nuestros amigos, con los amigos de nuestros amigos, con los antiguos compañeros de trabajo o de la facultad, romper en la medida de nuestras pequeñas posibilidades con el cerco de mentiras del gobierno, extender la palabra entre los indecisos y los tibios, dando a entender lo difícil que sería la situación en este país si el PP revalidaba la mayoría absoluta; había que conseguir, por medio del boca a boca, llevar a las urnas a toda la gente de nuestro alrededor, sobre todo al sector abstencionista desencantado.

En el seno de una familia obrera de un suburbio de la capital como era la mía no había ese tipo de problemas, pues todos habíamos votado siempre a algún partido de la izquierda y teníamos claro al enemigo. El debate alrededor de la mesa de la comida era entorno a la

manifestación de por la tarde, si ir y hacerle el juego al gobierno o no ir y retorcerse de rabia por no poder arropar a las víctimas y a sus familiares ni poder arroparnos a nosotros mismos en nuestra inmensa soledad, aunque esa manifestación no hubiera sido convocada para apoyar a las víctimas, sino como último artilugio propagandístico del PP para aferrarse al poder, ya que aprovechaba el estado de enorme conmoción de los ciudadanos para unificarlos bajo su manto contra el enemigo común etarra (el lema era lo bastante evidente), como había hecho siempre antes, cuando tenía que echar mano de algún atentado de la ETA para hacer *tabula rasa* de sus muchos aprietos políticos, pues los bárbaros eran al fin y al cabo una solución. En este caso, además, nos querían confundir de bárbaros, con lo cual el engaño era doble. Si los atentados los había cometido Al-Qaeda, obviamente por nuestra participación en la invasión y destroz de Irak, ¿qué sentido tenía manifestarse convocados por aquéllos que nos habían metido, contra nuestra voluntad, en aquella barbarie que no nos había dado otra cosa que muertos?

Mi padre y yo teníamos claro que no iríamos, sin embargo mi madre, en su posición de *mater dolorosa*, entendía que había que acompañar a las familias de los muertos y prefirió acercarse a Atocha.

Esa tarde me acerqué al local de Getafe del pequeño partido de orientación trotskista en el cual milito. Allí estaban reunidos algunos compañeros debatiendo acerca de la situación. Aunque era un militante dubitativo, tenía claro que no podía participar en una manifestación convocada por la derecha con un claro objetivo propagandístico. En las secciones madrileñas de CCOO y UGT había habido una dura polémica, y al final se negaron a colocarse al frente de la manifestación junto a Aznar. Aunque sabíamos que los ánimos estaban caldeados, nadie esperaba ni remotamente una respuesta popular como la que tuvo lugar, pues en las manifestaciones contra el terrorismo de los últimos tiempos, la política de *unidad democrática* había implicado *de facto* el silenciamiento de toda crítica al gobierno, y por lo tanto el sometimiento tácito a su posición. Para ésta, además, el gobierno se había hecho rodear de la plana mayor europea para recibir el empujoncito último antes de las elecciones, Prodi, Raffarin, Berlusconi y Durao Barroso, personajes, estos dos últimos, que además apoyaban la invasión de Irak.

Fui a ver a mi abuela. Tenía una enorme necesidad de estar con gente, recordaba a todos mis seres queridos, me hubiera gustado tenerlos junto a mí. Me sentía muy débil. Llovía a cántaros. Mi abuela me ofreció un café; cuando lo tomaba llegó mi padre. Al volver a casa nos encontramos con una pequeña manifestación. Unos cuantos muchachos desfilaban alrededor de una enorme bandera rojigualda con un crespón negro. Debían de ser militares.

Había ultras entre ellos, ultras campando a sus anchas por un pueblo obrero de tradición combativa y antifranquista. Estaban crecidos, una victoria del PP les hubiera dado alas. Esto era lo que nos esperaba si vencían el domingo.

Llegamos a casa, mi madre ya estaba allí de vuelta. Olga vendría a buscarme para tomar algo con los amigos y después dormiríamos los dos en su casa en Madrid. Mientras tanto pusimos la televisión. En Barcelona, la gente había abucheado durante toda la manifestación a Josep Piqué, a Rodrigo Rato y al resto de la cúpula del PP catalán, de modo que los escoltas tuvieron que llevárselos casi en volandas a través de un aparcamiento público. En Madrid, gran parte de los manifestantes increpaba también al gobierno; la televisión pública no podía ocultar los gritos de los ciudadanos que le preguntaban “¿*Quién ha sido?*”, y la cabecera de la manifestación no pudo llegar a Atocha ante el enorme enfado de la multitud. Las autoridades huían en desbandada y la glorieta de Carlos V era un clamor pidiendo explicaciones al gobierno. La falsa *unidad de los demócratas* se había resquebrajado ante las cámaras de televisión de todo el país.

A su llegada Olga y yo nos fundimos en un abrazo. La resistencia popular parecía haberse puesto en marcha. En la siempre poblada casa de Susana se formó la discusión. Unos cuantos chavales vallecanos seguían convencidos de que ETA estaba detrás de los atentados, por la fuerza de la costumbre y de la propaganda gubernamental. Su argumento era que alguien que ha matado alguna vez a un hombre estaría dispuesto a matar a cien o a doscientos. Olga y yo relacionábamos los atentados con la guerra de Irak, las amenazas de Ben Laden, el desmentido de la propia ETA, la noticia de la BBC, la furgoneta con los versos coránicos y los detonadores y el enorme rédito electoral y político que había sido capaz de obtener el gobierno cada atentado etarra. Recordamos lo duros que habían sido los últimos años con el PP en el poder y lo mal que pintaba si volvían a ganar. Al final todos estaban dispuestos a ir a votar, y ninguno de ellos a la derecha.

Salimos por un triste y solitario Vallecas a tomar algo. Seguía lloviendo, y en un bar oscuro predije el Apocalipsis. Aquella noche Olga y yo convencimos a las gentes de la imperiosa necesidad de votar para evitar males mayores y quién sabe, irreversibles. Suponíamos que todos nuestros amigos votarían a Izquierda Unida, como nosotros, pero algunos de ellos lo acabarían haciendo por el PSOE. A lo máximo que aspirábamos era que el PP no revalidase la mayoría absoluta y se viera obligado a pactar; no imaginábamos ni de lejos una victoria socialista cuando nos acostamos aquella noche lluviosa y confusa.

III. Sábado, 13 de marzo de 2004

Éramos tan jóvenes, tan guapos y tan inocentes que no acertamos a comprender aquella tarde de septiembre que estábamos entrando de golpe y porrazo en el siglo XXI. El futuro se nos presentaba entonces tan oscuro y poco esperanzador como ahora; lo único que podíamos adivinar aquel cálido martes 11 de septiembre de 2001, mientras ardía el corazón financiero del mundo, era que habíamos dejado toda una época atrás. Hasta dónde abarcaba esa época era pronto para aventurarlo, y aún lo es. Teníamos entonces la perspectiva del turista que se coloca a dos metros de la pirámide de Kéops; cinco años y medio y unas cuantas atrocidades después el turista ha retrocedido unos cuantos pasos y su perspectiva es mayor, lo suficiente para comprender el cambio cualitativo que ha supuesto el gobierno de Bush Jr., pero no lo bastante aún para entenderlo en su totalidad.

La caída del muro de Berlín y el derrumbamiento de la Unión Soviética habían supuesto el fin del mundo resultante de los acuerdos de Yalta en 1945, en los cuales se estableció la política de bloques que habría de regir el planeta durante la segunda mitad del siglo XX. Tras la derrota soviética, la superpotencia vencedora dio el salto al imperio del mundo a través de su hegemonía en las grandes organizaciones a nivel planetario, la ONU, la OTAN, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. La fraudulenta subida al gobierno de George W. Bush en 2001 supuso el ascenso al poder de la parte de la oligarquía estadounidense más vinculada a lo que el presidente Dwight Eisenhower había denominado complejo industrial-militar y al saqueo de los recursos naturales, en especial el petróleo, de los países del tercer mundo, es decir, los miembros más agresivos, militaristas y depredadores de una clase social ya de por sí agresiva, militarista y depredadora. El mundo los bautizó como *neocon*, apócope del término *neoconservador*. El ataque islamista a las Torres Gemelas supuso para ellos el incendio del Reichstag que necesitaban para justificar su salto adelante en la conquista del mundo. El nuevo enemigo, difuso, deslocalizado, oscuro, justificaba la represión interna y la agresividad exterior, pues podía hallarse en cualquier sitio y había que hacerle frente allá donde se encontrarse, en Oriente Medio o en la casa de la lado, aunque curiosamente frecuentase aquellos lugares ricos en petróleo o que sirvieran de paso para un gran gasoducto. La *guerra contra el terror* sería, por sus propios términos, una guerra a veces difusa, a veces abierta, pero una guerra *total* que no tendría fin hasta la derrota absoluta de un enemigo lo bastante abstracto y confuso como para hacernos temer que esta guerra en la que nos embarcaban los americanos no tendría fin hasta desterrar de la Tierra el *Mal Absoluto*. La nueva contienda tomaba unos rasgos tan profundamente teocráticos que nos hacía sospechar que el capitalismo se había desprendido de su discurso legitimador ilustrado y recuperaba el

pacto con el viejo aliado de la reacción: la Iglesia. El emperador sellaba con un beso en la mano del Papa de Roma su compromiso de fidelidad. “*Por el imperio hacia Dios*” pensó el Sumo Pontífice mientras sentía en su mano infalible el aliento del emperador. “*Por Dios hacia el imperio*” pensaba éste, y una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Las sectas protestantes y los judíos ortodoxos se sumaron también a la Cruzada. La operación de castigo sobre Afganistán inmediatamente posterior al 11-S se llamó en un principio *Justicia Infinita*, siendo sustituido el nombre poco después por el menos teológico *Libertad Duradera*, y los países más hostiles a la agresividad norteamericana formaron de la noche a la mañana parte del *Eje del Mal*. En las escuelas estadounidenses se extendía el viejo creacionismo bajo la nueva piel del *diseño inteligente* y la teoría darwiniana de la evolución era proscrita en varios estados.

Una mañana temprano Samuel Huntington saltó de la cama, telefoneó al emperador y le dijo: “*Defiéndeme con tus misiles, que yo te defenderé con mi ordenador portátil*”. Nació la teoría del choque de civilizaciones. A lo largo de todo el siglo pasado los Estados Unidos se habían dedicado a saquear las riquezas de todos los países que se le ponían a mano, y donde no llegaban con la mano, llegaban con la CIA o con los B-52. Era comprensible que las pobres poblaciones autóctonas se rebelaran de algún modo u otro contra el invasor. Gracias a los dólares americanos, durante los años 80 del siglo pasado en los países árabes los fundamentalistas islámicos habían ido tomando fuerza frente a las corrientes laicas de izquierda, a las que en un principio tomaron como su principal enemigo, y que tras el hundimiento de la URSS perdieron su hegemonía. Por otro lado, en Irán los ayatolás y los comunistas habían derrocado unidos al títere estadounidense, Mohammad Reza Pahlevi, el flamante Sha de Persia, en 1979. Una vez en el poder, los islamistas gobernaron despóticamente, eliminaron a los comunistas y después extendieron su influencia por el Medio Oriente. Estas fueron las causas del auge del islamismo. Tras caer el muro de Berlín, la legitimación del saqueo norteamericano del tercer mundo era aún la extensión de la democracia, hasta el gobierno de Bill Clinton, pero en 1998 saltó a la palestra mundial el nuevo enemigo de la paz y la democracia *more americano*, tras los atentados de Kenia y Tanzania, a los que siguió el bombardeo estadounidense de una fábrica de productos farmacéuticos en Sudán. Por entonces la administración americana tiraba bombas con una mano sobre supuestos (falsos) objetivos islamistas sudaneses y con la otra protegía a los talibanes afganos y a los fundamentalistas albanokosovares de la guerrilla del UCK. Tras el 11-S, la resistencia antiimperialista de los pueblos oprimidos de Oriente Medio se transformó de pronto en un *choque de civilizaciones* cuya causa principal sería la autoculpable minoría de

edad de dichos pueblos, que se resistían a aceptar de buena gana la superioridad histórica de nuestra tradición cultural. Los prestidigitadores de la palabra neoconservadores metieron en la chistera la feroz resistencia de los pueblos por la defensa de su soberanía y de sus recursos naturales ante la depredación de los países desarrollados y sus multinacionales y sacaron de ella un enfrentamiento entre el ambiguo y equívoco concepto de Occidente y los bárbaros. La lucha adquiriría por tanto carácter de Cruzada. La gran mentira del choque de civilizaciones les fue muy útil a los extremistas religiosos islámicos para extender su influencia en unas poblaciones cansadas de la humillación y el hambre, pero también a los nuestros. En este renacer de tendencias teocráticas, el catolicismo encontró su hueco atacando al laicismo y a la razón, los pilares de la democracia, al tiempo que callaba ante la pobreza, el hambre y la injusticia. Mientras la jerarquía católica perseguía a los últimos supervivientes de la Teología de la Liberación, sin duda la última herejía de la Historia, por sus intentos de acercar y comprometer a la Iglesia con los pobres, instaba a los obispos de todo el mundo a un cristianismo militante que se opusiese a la eutanasia, el aborto, los anticonceptivos, el divorcio o el matrimonio entre homosexuales. En el choque de civilizaciones, el poder económico y político y el poder espiritual habían sellado su contrato: el primero se encargaría de la explotación de los cuerpos, y el segundo del sometimiento de las almas. El pacto cerraba definitivamente la relación, a veces complicada, entre capitalismo e ilustración que había durado dos siglos. Con los neocon mandando al basurero de la Historia a los conservadores ilustrados como Popper, la premonición que hace unas décadas tuvo Trotsky parecía cumplirse dramáticamente: no hay otra opción a la barbarie que el socialismo, un socialismo que, por desgracia, no se veía aflorar en Europa por ningún lado en estos tiempos oscuros, luego nuestra estrategia era la cada vez más precaria resistencia.

Tras el derribo del World Trade Center, Estados Unidos invadió Afganistán con el beneplácito de la ONU, pero apoyándose en la estructura militar de la OTAN. El gran salto adelante del imperialismo norteamericano vendría un año y medio después, cuando decidió, casi en solitario, la invasión de Irak¹. Con el apoyo del enorme poderío militar atlantista, Estados Unidos había dado el golpe de gracia a las Naciones Unidas, institución que, con sus grandes defectos, plasmaba, aunque fuera de manera imperfecta, el ideal cosmopolita de la razón de un árbitro universal que garantizase de manera más o menos democrática y ensamblaría la soberanía de las naciones de la Tierra. La ONU no ha sido nunca eso, ya que realmente el único órgano ejecutivo, el Consejo de Seguridad, está controlado por las cuatro

¹ El “casi” lo determinaron en la famosa cumbre de las Azores Durao Barroso, Blair y Aznar.

potencias vencedoras de la segunda guerra mundial más China, sin embargo hasta ahora ha sido la organización que más se ha aproximado en la Historia a dicho ideal ilustrado. La agresividad imperialista norteamericana lo borró de un plumazo. La propia OTAN, una institución militar creada por ellos mismos, fue dada de lado cuando los dirigentes alemán y francés, más guiados por la prudencia que por el humanitarismo, se negaron a participar en la ocupación de Irak. Tras el 11-S los estadounidenses crearon un campo de concentración en la base militar de Guantánamo, donde mantienen presos a centenares de ciudadanos de diversos países por encima de cualquier legislación internacional, y organizaron centros de detención clandestinos a lo largo del globo donde llevaron a la tortura a sospechosos de terrorismo secuestrados por la CIA en cualquier país del planeta. En su política exterior, los neocon parecían dispuestos a barrer con todo en sus ansias depredadoras. En lo que se refiere a su política interna, también.

Tras el estallido televisado mundialmente en directo de las Torres Gemelas, los estadounidenses cayeron en el pánico. Su reacción más inmediata y previsible fue correr despavoridos bajo las faldas de su gobierno, que aprovechó la situación de terror colectivo para aplicar leyes de excepción hasta tal punto draconianas que cuando se quisieron dar cuenta habían delegado su libertad y sus derechos civiles en un poder totalitario hobbesiano que, él sí, poseía completa libertad para observarlos. Se abrió paso a las detenciones indefinidas, la vigilancia absoluta, las deportaciones, la admisión de testimonios arrancados en la tortura. La minoritaria resistencia democrática chocaba no sólo contra ese temible poder, sino, lo que es peor, contra la incomprensión y el recelo de una población histérica y temerosa. El gobierno dictó la Patriot Act, y los poderosos oligopolios de la comunicación hicieron el resto, sembrando el pánico que necesariamente ha de acompañar a toda solución autoritaria. En realidad, estas medidas obedecían a la necesidad del control social dentro de su propio país por parte de unas elites económicas cuya voracidad estaba conduciendo poco a poco a una situación de inestabilidad social de imprevisibles consecuencias, producida por las deslocalizaciones, fruto ellas mismas del tránsito de una economía productiva a una especulativa, y unas desigualdades sociales y económicas cada vez más abismales entre los dueños de los medios de producción y los que poseen su solo cuerpo para ganarse el pan.

Las ramificaciones neocon se extendieron por el mundo: Uribe en Colombia, Berlusconi en Italia, Sarkozy en Francia y el PP en España, a través de organizaciones como la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales. El gobierno se había plegado completamente a los designios imperiales no sólo en la invasión de Irak, sino también en América Latina, donde los intereses norteamericanos y los de las multinacionales españolas

coincidían orgánicamente en el reparto del pastel de las telecomunicaciones, de la energía, de los recursos naturales y de los mercados bancario y editorial. El golpe de Estado de Venezuela se gestó en España, y nuestro gobierno fue el primero que reconoció al breve dictadorzuelo, que era, además, el presidente de la patronal venezolana. No tuvieron ni el pudor de poner a otro pelele menos evidente. La lucha contra el PP, en este contexto, no se limitaba a la defensa de los derechos democráticos y de los trabajadores en este país, sino que tomaba un cariz antiimperialista ineludible y evidente; era sobre todo una lucha de resistencia por conservar lo poco que nos quedaba aún de razón emancipadora y de democracia a nivel nacional e internacional.

Ya no llovía cuando nos levantamos. Desayunamos y nos fuimos a casa de mis padres para comer con ellos. Era jornada de reflexión, pero el diario *El Mundo* publicaba una entrevista con el candidato del PP, Mariano Rajoy, en la cual éste afirmaba tener “*la convicción moral de que ha sido ETA*”. Fue ésa la única convicción moral del gobierno durante aquellos cuatro días. Rastreado por internet se podía comprobar que la suposición no era compartida por nadie en la prensa extranjera.

A la una y media de la tarde comparecía en Moncloa el portavoz del gobierno, Eduardo Zaplana. Agradeció a los ciudadanos la masiva participación en las manifestaciones del día anterior, y al ser preguntado por la postura del gobierno ante la autoría de ETA, se revolvió con saña: “*Algunos parece que quieren descartar que pueda ser la banda criminal y asesina ETA, cuando todo apunta, salvo que se demuestre lo contrario y hay líneas de investigación en marcha de las que se ha dado cuenta, que desde luego no nos debería causar ninguna sorpresa que fueran los criminales y asesinos de la banda terrorista ETA*”. En plena jornada de reflexión el gobierno seguía haciendo campaña electoral, encendiendo los ánimos de sus fieles con su agresividad verbal. En Pamplona estallaba la tragedia cuando el panadero Ángel Berroeta, de 61 años, se negó a que una mujer colocara en su comercio un cartel que rezaba: “*No al terrorismo, ETA no*”. Discutieron sobre la autoría del atentado, y al rato la señora se presentó en la panadería con su marido, policía, quien asesinó a sangre fría al panadero descerrajándole cuatro tiros. Después llamó a sus compañeros y se entregó. Este hecho gravísimo fue pasado por alto por los principales partidos políticos y no recibió la cobertura que merecía, dada su gravedad, por parte de los grandes medios de comunicación, para su vergüenza. Un ciudadano español había sido asesinado por otro por no compartir la postura acerca de la autoría de los atentados de Madrid de un gobierno que despreciaba y acusaba públicamente a quienes no le seguían, y a nadie se le ocurrió reclamarle a dicho gobierno su parte de responsabilidad de tan lamentable acto.

El PSOE empezó a mover sus fichas muy tímidamente. Alfredo Pérez Rubalcaba defendía desde la sede de Ferraz la actitud de los ciudadanos en las manifestaciones del día anterior, y entre líneas pedía transparencia al gobierno. La respuesta de Ángel Acebes, una hora después, fue insistir en la tesis de la autoría etarra. No estaban dispuestos a ceder ni un palmo de terreno. Las noticias de las tres de Televisión Española sostuvieron aún la hipótesis etarra y centraron sus imágenes de las manifestaciones del viernes en las pancartas contra ETA. Sin embargo, la policía detenía a tres ciudadanos marroquíes y a dos hindúes supuestamente relacionados con el atentado a las cuatro de la tarde. Al gobierno sólo le quedaba su *convicción moral* para defender su postura, pues ningún supuesto racional la sostenía ya. Eso y su formidable maquinaria propagandística. La agencia Efe enviaba un teletipo a sus abonados, 400 diarios en España y América, 100 revistas, todas las cadenas de radio, 86 canales de televisión y 1.200 portales de internet, poco después de las cinco de la tarde, es decir, una hora después de la detención de los sospechosos, en el cual insistía en la autoría de ETA. Dicho teletipo, titulado “*Las pistas apuntan a ETA y descartan a Al Qaeda*”, estaba firmado por el director de Información (¿) de la agencia, Miguel Platón, quien afirmaba en él que “*los elementos de la investigación efectuada hasta ahora por los servicios policiales y de inteligencia españoles respaldan la autoría de la banda terrorista ETA*”. Nadie más en la agencia quiso suscribirlo.

Nuestro amigo Julio nos había escrito un e-mail desde París preocupándose por nosotros y estábamos respondiéndole cuando Olga y yo recibimos un mensaje casi simultáneo en nuestros móviles. Nos lo enviaba Pedro, viejo amigo de la facultad afiliado ahora a *El militante*. “*Hoy 13-M a las 18.00. Sede del PP, calle Génova 13. Sin partidos. Silencio por la verdad. Pásalo*”, decía escuetamente el SMS. Obedeciendo la orden, lo reenviamos a todos nuestros amigos. No teníamos ni idea de cuál sería el origen de la cadena de mensajes de que formábamos parte, pero por la experiencia de los últimos años, en los cuales el PSOE e IU habían ido siempre a remolque de la movilización popular, sumándose a última hora y con fines marcadamente instrumentales, nada hacía sospechar que la izquierda institucional estuviera detrás de ellos. Confiábamos más en que se tratase de alguien proveniente de algún movimiento social de los que habían dirigido las protestas contra el PP de los últimos tiempos, en las cuales los ciudadanos habían mostrado una gran capacidad para la imaginación y el ingenio. Ésta era su obra definitiva. La brillante mano que escribió el primer mensaje simplemente debió entender, como así lo entendíamos muchos, que no nos podíamos quedar cruzados de brazos ante tanta mentira evidente, y que debíamos jugar nuestra última

baza antes de las elecciones a través del único instrumento del que disponíamos: la rebelión ciudadana pacífica. Nunca sabremos hasta qué punto era consciente el demiurgo de lo que se acabaría provocando. Cuando nosotros lo recibimos no imaginábamos ni de lejos que aquel mensajito sería el catalizador de toda la ira contenida por millones de personas contra un gobierno que sólo pensaba en sus cálculos electorales para mantenerse en el poder mientras nuestros conciudadanos habían sido brutalmente asesinados, a consecuencia, además, de una decisión política llevada a cabo contra la mayoría de la población. Era también repugnantemente inmoral que no tuvieran el más mínimo escrúpulo en engañar a sus ciudadanos cuando casi doscientos de ellos habían sido muertos por unas bombas cuando se desplazaban a trabajar o a estudiar, es decir, a levantar el país. El límite de nuestra tolerancia se había superado con creces. Sólo necesitábamos una señal para pasar a la acción, y por fin había llegado, no caída del cielo, sino a través de la tecnología de última generación.

Tomamos el coche y nos dirigimos hacia allá. Conseguimos aparcar detrás de la calle Génova, y caminando nos adelantó una señora muy indignada que también había recibido la convocatoria y acudía a ella. Llegamos con una puntualidad exquisita frente a la sede del PP, tanto que no había allí todavía más que cuatro gatos y un par de unidades de antidisturbios con lo cuales nos tocó forcejear para tomar posiciones. No nos permitieron acercarnos a más de diez metros, pero no parecían tener intención de cargar; si lo hubieran intentado entonces habrían conseguido dispersarnos, pues aunque no estuviéramos dispuestos a ceder éramos muy pocos todavía. En el forcejeo con la policía contamos con la corpulenta ayuda de Juan, dueño del Fender Club, un bar de Getafe, que se enfrentaba a ella desde la tranquila seguridad de sus casi dos metros de altura y de un diámetro de bíceps comparable al de una cabeza. Intentamos entablar conversación con los mismos antidisturbios con los que nos tocaba empujarnos, les insistíamos en que el gobierno nos estaba ocultando información ante doscientos ciudadanos casi de cuerpo presente, y ellos parecían menos imperturbables que de costumbre. En pleno tira y afloja Olga se puso a llorar y el actor Enrique Simón la arropó en sus brazos. En la tensa emoción del momento todos los manifestantes éramos uno, todos formábamos parte del mismo pueblo herido y engañado que no estaba dispuesto dar ni un paso atrás más. Un antidisturbios nos dijo que ya sabíamos a quién teníamos que votar al día siguiente. Nos quedamos perplejos. Una vez establecidas las posiciones, la tensión se fue disipando; la policía debió darse cuenta enseguida de que, a pesar de la ira contenida, nadie tenía intención de asaltar la sede. Sólo responderíamos ante una carga o una provocación. Rápidamente llegaba gente desde todos lados, gritando consignas contra la manipulación del gobierno y portando carteles con la palabra “*paz*” en evidente recuerdo de las protestas contra

la invasión de Irak del año anterior. La cantante Massiel se enfrentaba muy digna a los antidisturbios que la pedían que se pudiese al otro lado del cordón policial, y a nuestra derecha se montó un tumulto. Nos acercamos a ver qué ocurría, y resultó ser nuestro compañero Loïc enfrentándose a un policía del cordón que gritaba: *“Vosotros os manifestáis y a nosotros nos toca poner los muertos”*. La gente se le echó encima enfurecida por la provocación; los muertos eran los nuestros, y ellos estaban allí como perros protegiendo a sus amos. La cosa no fue a mayores. Otro compañero, Santi, nos dijo que un niño bien le había llamado terrorista cuando se acercaba a la manifestación, y lo mismo hacía una anciana muy respetable y emperifollada desde un balcón, ante la indiferencia general y los insultos ocasionales de algún manifestante. Caía la tarde, y allá donde se mirase florecía la gente anticipándose a la primavera, trabajadores, estudiantes, actores, cantantes, presentadores de televisión, clamaban ante el engaño del gobierno como una bestia herida. Cuando decidimos marcharnos, ya de noche, apenas pudimos arrastrarnos entre los cuerpos en esa suerte de *horror vacui* que eran la calle Génova y sus adyacentes. En el coche escuchamos la noticia de las detenciones. Pasamos por mi casa un momento y salimos hacia Toledo para pasar la noche con la madre de Olga. La radio informaba de la cada vez más impresionante movilización popular de Madrid, que se extendía a otras ciudades del país. Habíamos conseguido romper el cerco informativo del gobierno, que asistía atónito al comienzo de su derrumbe. Sobre esa hora, alertada por una llamada anónima a Telemadrid, la policía encontraba en una papelería cerca de la mezquita de la M-30 de Madrid un vídeo en el cual Al-Qaeda reivindicaba los atentados.

A las ocho de la tarde, Ángel Acebes se vio obligado a admitir públicamente las detenciones que ya habían sido dadas a conocer por la radio. *“Creo que no debemos descartar nada”*, dijo el ministro de Interior. Una hora después, desde la sede del PP de Madrid, que parecía una isla en medio del océano de manifestantes, el candidato presidencial Mariano Rajoy afirmaba que las manifestaciones eran *“unos hechos gravemente antidemocráticos que no se habían producido nunca en la historia de nuestra democracia [...] que tienen por objetivo influir y coaccionar la voluntad del electorado en el día de reflexión”*. Era falso una vez más; la gente había salido a la calle por última vez contra un gobierno arrogante y autoritario que no había tenido el más mínimo pudor a la hora de engañar a sus ciudadanos demasiadas veces en su mandato como para que fuera ya tolerable. Sus amigos del Pentágono olvidaron, en su asesoramiento, recordarles a Aznar y los suyos la famosa sentencia que se atribuye a su compatriota Abraham Lincoln, según la cual se podría mentir a mucha gente durante un tiempo, o mentir a cierta gente durante mucho tiempo, pero de ningún modo era posible mentir tanto durante tanto tiempo a tanta gente. De los autores de la masacre ya se

encargaba la policía; era responsabilidad nuestra encargarnos del gobierno. Media hora más tarde, el PSOE daba por fin señales de vida, aprovechando la situación para asestarle al PP el golpe de gracia. Su portavoz, Alfredo Pérez Rubalcaba, afirmaba ante los medios que “*los ciudadanos españoles merecen un Gobierno que no les mienta, que les diga siempre la verdad. El partido socialista conoce las líneas de trabajo de las Fuerzas y Cuerpos de la Seguridad del Estado. A pesar de ello, por sentido de Estado, por respeto a la memoria de las víctimas, hemos estado callados*”. Esto último, por supuesto, era falso. Si habían estado callados en las sombras fue porque, como en los últimos cuatro años, se encontraban estupefactos ante la movilización popular y pegados a las faldas del gobierno. Su muy tardía reacción se debió al sentido oportunista de los más expertos miembros de su aparato más que a la honestidad. A lo largo de la legislatura última, los socialistas habían puesto una vela a Dios cada vez que se sumaban, a desgana, a las movilizaciones populares que, sin duda, le desbordaban, y otra al Diablo cuando pactaban con el PP pactos antiterroristas y leyes de partidos y asumían fielmente la política de *unidad de los demócratas* que les sometía cada vez más a los herederos del franquismo, y su ambigüedad provocó el recelo de los ciudadanos hasta tal punto que si finalmente se decidieron a votarlo fue más por la lógica del bipartidismo realmente imperante y por la ineludible inmediatez de expulsar del gobierno a una derecha cada vez más agresiva y peligrosa que por la confianza que el PSOE pudiera despertar en ellos.

Todo esto ocurría mientras Olga y yo convencíamos a unas amigas suyas de la necesidad de ir a votar al día siguiente en un bar de Toledo. Pablo y Míriam volvieron a llamar desde Londres.

- ¿Qué está pasando en España?

La BBC retransmitía imágenes en directo de las calles de Madrid y Barcelona repletas de gente cacerola en mano. Ellos sabían más que nosotros. Nos volvimos inmediatamente a casa de la madre de Olga y pusimos la televisión. En CNN+ se mostraban Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Santiago... todas llenas de pueblo, pueblo rompiendo el silencio, pueblo indignado por todas las esquinas, pueblo que se suponía domesticado y que estallaba al fin. Ya no había lugar para la mentira y sin embargo, la manipulación continuaba: en TVE, de forma sorpresiva, se emitía a esa hora el documental *Asesinato en febrero*, lacrimógeno filme acerca de la muerte a manos de ETA de Fernando Buesa y su escolta que había sido emitido también por Telemadrid el día anterior, y al mismo tiempo, sin ningún

pudor, el PP denunciaba ante la Junta Electoral Central las concentraciones ante sus sedes, a CNN+ por retransmitirlas² y la comparecencia de Alfredo Pérez Rubalcaba. Parecían dispuestos a aplazar las elecciones. El diario *El Mundo*, cuyo director es amigo personal de José María Aznar, opinaba en su editorial del día siguiente que "*ante una crisis tan grave, quizá por prudencia debería haberse aplazado la votación de hoy, si hubiera habido margen legal para ello*". Finalmente, a las dos de la madrugada, la Junta Electoral Central consideraba que las manifestaciones podrían vulnerar la ley electoral, pero las elecciones se celebrarían. Algo más de una hora antes, Ángel Acebes había anunciado que el vídeo encontrado cerca de la mezquita contenía una reivindicación de los atentados por parte de Al-Qaeda. A las cuatro de la mañana había aún pueblo en las calles gritando: "*¡Antes de votar, queremos la verdad!*". Su eco de esperanza resonaba en nuestras cabezas cuando conseguimos conciliar el sueño.

IV. Domingo, 14 de marzo de 2004

Aquella mañana amanecimos en Toledo con la resaca de la pequeña insurrección de la noche anterior. La junta electoral había declarado ilegales las manifestaciones, pero no pudo declarar responsable a nadie ya que, como en Fuenteovejuna, todos lo éramos. La ira popular continuó por la mañana: Aznar y su esposa eran abucheados en su colegio electoral cuando votaban. Rajoy lo era también en el suyo. Los primeros datos de participación eran altos, lo cual era una buena señal, pues la abstención había beneficiado tradicionalmente a la derecha. A la hora de comer comparecía ante la prensa Ángel Acebes, que ya no hacía mención a ETA al explicar la situación de las investigaciones. Su colega Ana Palacio le contradecía en la BBC inglesa afirmando que "*la idea de que ETA puede estar detrás se mantiene con fuerza*". Emocionaba la insistencia por votar de algunos supervivientes de las bombas, como Cayetano Abad, quien acudió a su colegio electoral de Santa Eugenia desde el hospital Doce de Octubre maltrecho y con varios puntos de sutura en la cabeza. Comimos en Toledo con la madre y la hermana de Olga y nos volvimos a Madrid a primera hora de la tarde. Pasamos primero por Getafe para que pudiera votar yo; mi familia ya lo había hecho. Era la hora de la siesta, lo que justificaba que no hubiera mucha gente en el colegio. Después nos acercamos por Manoteras,

² El hecho de que el gobierno denunciase a un canal de noticias por cumplir con su obligación de informar puntualmente acerca de hechos tan significativos como los que estaban ocurriendo en nuestro país podría sorprender, por lo que tiene de delirante, a lectores foráneos y a los más jóvenes, pero de ningún modo a aquellos que vivieron en este país entre los años 1996 y 2004 y que por lo tanto sufrieron la política informativa del PP.

donde tenía que votar Olga; allí ya había más cola para hacerlo, serían las seis de la tarde. Nuestro viaje en coche siguió hasta Vallecas, donde habíamos quedado con los amigos. Las primeras encuestas indicaban ya la pérdida de la mayoría absoluta del PP, aunque le daban aún como vencedor. A medida que avanzaba la tarde los resultados eran cada vez más desfavorables para la derecha; cuando logramos aparcar la radio daba un empate entre Zapatero y Rajoy. Tenía la sensación de estar escuchando el carrusel deportivo un domingo cualquiera, si los domingos cualquiera me dedicase a escuchar el carrusel deportivo. Todos nuestros amigos habían votado ya, algunos por primera y presumiblemente última vez en su vida, así que no teníamos otra cosa más que hacer ya salvo esperar. Olga y yo, los militantes del grupo, estábamos muy nerviosos. La sorpresa era posible. Nos fuimos a tomar algo. En el bar París unos anarquistas se nos acercaron para darnos propaganda; en ella se instaba a no votar, pues tanto unos como otros, decía el panfletillo, eran lo mismo, así que acercarse al colegio electoral era perder el tiempo. Vanessa y yo nos miramos como quien se mira en un espejo, mi cara debía reflejar el mismo gesto que yo veía en la suya. Lo último que se nos hubiera ocurrido pensar en ese momento era que unos y otros fuesen lo mismo. ¿Dónde habían estado los anarquistas durante los últimos cuatro días? El PSOE nos había metido en la Europa de los mercaderes (lo haría aún más un año después) y en la OTAN, es cierto; había traicionado a la clase obrera siempre que había podido desde el congreso de Suresnes de 1974, había desmantelado la industria, algunos de sus dirigentes estuvieron metidos hasta el cuello en la guerra sucia contra ETA durante los años 80 y otros no tuvieron más interés en la política que para forrarse a su costa; por su parte, IU parecía cada vez más un apéndice decorativo de los socialdemócratas, pero lo que se nos venía encima si ganaba el PP en estas circunstancias concretas era aún peor. ¿Dónde habían estado los anarquistas durante los últimos cuatro años? El 14 de marzo se nos venían unos neocon radicalizados y su solución autoritaria encima. Frenarlos era lo máximo a lo que podíamos aspirar en ese momento, y entre todas las soluciones factibles, la más eficaz e inmediata, la más urgente también, era votar a alguno de los dos partidos de la izquierda institucional. Podíamos aplazar hasta el lunes siguiente todas las críticas posibles, completamente legítimas, por cierto, al parlamentarismo y a la democracia cada vez menos representativa.

Cambiamos de bar y nos metimos en uno típicamente vallecano, con televisión y gente algo más mayor, cerca del Puente. Para entonces los resultados oficiales habían dado un vuelco y daban ya como vencedor al partido socialista; en el bar todos nos alegramos y brindamos a la salud de los que habíamos sobrevivido para verlo. Para cuando se ofrecieron los resultados definitivos algunos vecinos abrieron un par de botellas de champán y lo

celebramos todos juntos. Ellos confiaban sin duda mucho más en Zapatero que nosotros y daban por hecho un cambio más profundo que el que nosotros pudiéramos esperar de los socialistas en el poder. Con una elevada participación (78%), el PSOE sacaba más de once millones de votos, con un porcentaje del 43,27%, y el PP quedaba muy atrás, un 37,81% y algo más de nueve millones y medio de votantes. IU quedaba con un mísero porcentaje del 5%, pero daba igual, el PP estaba fuera. No sólo había perdido la mayoría absoluta, sino que quedaba muy lejos del PSOE que, además, necesitaría pactar para gobernar, presumiblemente con IU y ERC, visto lo visto en Cataluña unos meses atrás. Al menos así lo creíamos entonces, aunque teníamos nuestras lógicas sospechas. Olga y yo estábamos limitadamente eufóricos; no confiábamos nada en el PSOE, como ninguno de nuestros amigos, pero habíamos echado al PP del gobierno, y además los socialistas no podrían hacer lo que les diese la gana una vez en la Moncloa, pues sólo gozaban de mayoría simple en el parlamento, con lo cual tendrían que negociar sus decisiones con otras fuerzas políticas; era la mejor situación de las posibles. No habíamos asaltado el palacio de invierno, no habíamos tomado la Bastilla, pero habíamos conseguido algo importante: habíamos resistido. Si la Historia será generosa con nosotros es algo que no podemos adivinar. Durante los últimos tres años, la generación que había alcanzado la mayoría de edad escuchando a Nirvana o a Smashing Pumpkins, que se había acostumbrado con ellos a un pesimismo nihilista y pasivo, que no había logrado encontrarle el sentido a la vida en el limbo histórico que significaron los años 90, desperezó y encontró su lugar en el mundo resistiendo a las barbaridades en que nos metía nuestro irresponsable gobierno; el 14 de marzo de 2004 fue nuestro momento, pues hasta entonces no habíamos sufrido más que derrotas; sin embargo en ese instante, en aquel bar de Vallecas, rodeados de trabajadores que al día siguiente tendrían que volver al curro como cualquier otro lunes, nuestra gente al fin y al cabo, no sólo nos sentimos útiles, sentimos que nuestra utilidad había valido para algo concreto, sentimos algo parecido a una victoria. Enseguida nos tocaría luchar contra el PSOE por la enorme farsa de mentiras y medias verdades que se montó alrededor del referéndum por la Constitución Europea, referéndum que no era ni siquiera vinculante, por cierto. Ya lo sabíamos entonces, pero necesitábamos un respiro. Estábamos tan afectados por los atentados, tan dolidos por la barbaridad que hacía sólo tres días habíamos vivido y tan espantados ante lo que se nos pudiera venir encima con la experiencia de los últimos años de hierro de Aznar en España y de Bush en el mundo a nuestras espaldas, que, voluntariamente, preferimos confundir el alivio con la victoria.

Caras para el recuerdo; la primera, de estupor ante el triunfo propio la de José Luis Rodríguez Zapatero, vulgo ZP, la primera vez que se presentó ante las cámaras de televisión

tras los resultados oficiales. Nunca nadie ha mostrado jamás tanta sorpresa ante su propia victoria como el futuro presidente aquella noche. “¿En qué lío me habéis metido?” parecía pensar cuando salió al balcón de la sede de la calle Ferraz para saludar a unos enfervorizados seguidores que le suplicaban que no les fallase y agitaban alguna que otra bandera republicana. En el bando nacional, la cara de Mariano Rajoy era todo un poema, una elegía concretamente. Flanqueado por José María Aznar y Rodrigo Rato, frente las cámaras estuvo a la altura de las circunstancias manteniendo la cara de poker hasta el corte de la emisión, mas cuando se asomó al balcón de la calle Génova para saludar a sus fieles de la mano del ya presidente en funciones pero aún líder cósmico, esa mano parecía lo único capaz de sostenerlo del derrumbe físico, moral y político.

Fue una victoria silenciosa, la de los socialistas, dadas las circunstancias; no se oyeron petardos, ni cláxones de coches, ni gritos de alegría. Por contra, la derrota de la derecha fue y ha seguido siendo tremendamente ruidosa.

Pilar se puso a cantar flamenco con los vecinos del champán y allí estuvimos hasta muy pasada la medianoche. Después Olga me acercó a casa con su coche, nos besamos y partió hacia la suya. Mis padres ya estaban acostados cuando subí. Esperé un rato a que llamara para decirme que había llegado bien y una vez lo hizo me fui a la cama. Al día siguiente tenía que estudiar, llevaba ya cuatro días sin hacerlo.

Epílogo. Viernes, 15 de marzo de 2007

Zapatero decidió finalmente gobernar en solitario. En su equipo de ministros incluyó tantas mujeres como hombres. La Unión Europea le colocó a Pedro Solbes como vicepresidente y ministro de Economía, y para controlar a los militares, situó a José Bono como ministro de Defensa, pero lo relegó de su cargo dos años después. La vieja guardia felipista ha ido siendo desplazada poco a poco por los nuevos cachorros socialdemócratas. La primera decisión del nuevo presidente fue la retirada inmediata de las tropas de Irak; como contrapartida, envió más soldados a Afganistán para contribuir a la invasión estadounidense del país; eufemísticamente siguen siendo enviados allí bajo *misión de paz*, pero casi una veintena de ellos han sido muertos en ataques talibanes, y pronto participarán en operaciones bélicas. También desplazó tropas a Haití, en apoyo una vez más del ejército norteamericano; en el desgraciado país caribeño se acababa de producir un nuevo golpe de Estado contra un presidente que no era del todo del gusto del gobierno estadounidense. Por último ha enviado

tropas al Líbano a la sombra de una lamentable resolución de las Naciones Unidas impulsada por los norteamericanos y los israelíes, según la cual otra *misión de paz* habría de hacerse cargo del país árabe una vez que los sionistas no pudieron completar con éxito su invasión ante la tenaz resistencia de los libaneses. Este gesto de conmisericordia hacia la ONU por parte de la administración Bush fue considerado como un retorno a casa del hijo pródigo por aquéllos que creen que el pecado original de los neocon no fue su carencia de escrúpulos a la hora de saquear el tercer mundo, sino su poco respeto por las formas. Debo añadir que estos envíos de tropas contaron con el vergonzoso apoyo del resto de la izquierda parlamentaria.

Tras las elecciones, el pueblo español fue insultado y denigrado por los neocon autóctonos y de todo el mundo. Se nos acusaba de cobardía por habernos plegado a la voluntad de los terroristas, los cuales, es cierto, habían atentado en Madrid con la intención de provocar un vuelco electoral con las perspectivas de que el nuevo gobierno sacase las tropas españolas de Irak. Sin embargo, esa aseveración es profundamente falsa. El pueblo español no se plegó en ningún modo a la voluntad de los terroristas, sino que expulsó del gobierno a un partido que había mentido tanto a sus ciudadanos durante los últimos años que cuando lo hizo una vez más, bajo unas circunstancias, además, tan dramáticas, no pudo controlar su enojo. Hasta la mentira tiene sus límites, es algo que la derecha de este país parece seguir ignorando; todavía les es muy útil para mantener prietas sus filas de radicales, pero el resto de la población, la inmensa mayoría sociológica de este país, los observa con recelo y desprecio. Fueron su descaro y su arrogancia los que acabaron con el aznarato, no el miedo de la gente a más atentados. ¿Cómo íbamos a tener miedo a lo que es macabra costumbre en este país? ¿Cuántos coches bomba han estallado en Madrid en las últimas décadas, y sin embargo, como en la canción de Julio Iglesias, la vida ha seguido igual? El comportamiento de los españoles fue valiente y ejemplar. Salvo en casos aislados, no se produjo una reacción islamófoba generalizada, como la que ocurrió en Estados Unidos tras el 11-S. Nuestra sociedad no cayó en la histeria colectiva, sino que recuperó enseguida la normalidad. Los neoconservadores estadounidenses y sus adláteres españoles se frotaron las manos ante la posibilidad que les ofrecía la excusa de los atentados islamistas en Madrid para establecer en nuestro país un pequeño Leviatán a imagen y semejanza del gran Leviatán en el cual estaba convirtiendo Bush Jr. a su país, pero les fallaron los cálculos. No es sólo que seamos anárquicos y difíciles de gobernar los españoles, sino que fuimos lo bastante inteligentes para darnos cuenta de la trampa en la cual nos querían meter. No fuimos cobardes, simplemente no hicimos lo que ellos esperaban de nosotros.

La sangría de Irak parece estar marcando el declive del breve imperio americano. Mientras su economía sufre un déficit comercial cada vez mayor con respecto a China y se destinan sumas fabulosas al presupuesto militar, miles de *homeless* pueblan las principales ciudades del país, la cifra de pobres alcanza los veinte millones y el Estado no es capaz de restaurar Nueva Orleans tras la catástrofe del huracán Kathrina, la cual, parece ser, podría haberse evitado con una planificación adecuada por parte del que se supone es el país más poderoso del planeta. La masacre en Irak sólo ha beneficiado, como ya sabíamos, a la oligarquía norteamericana vinculada al petróleo y el armamento, pero su avaricia depredadora no ha producido más que pobreza para sus compatriotas.

La invasión de Irak no sólo ha generado el saqueo de sus recursos y la miseria y muerte de su población; parece, además, haber marcado los límites político-militares del imperio. Mientras permanece enfangado en el Medio Oriente, en América Latina le crecen los enanos. La reciente gira sudamericana de Bush ha venido acompañada de protestas populares en todos los países que ha visitado para contener con sus dólares y sus chantajes la ola emancipadora que representa para el desdichado continente el latinoamericanismo socialista de Hugo Chávez, aclamado por las masas allá donde va por contraste con el emperador, que necesitó en dicha gira un enorme despliegue policial para su protección cada vez que pisaba suelo en el que cada vez es menos su patio trasero. Estados Unidos es incapaz de dominar por sí solo Irak, y en Oriente Medio no parece suficiente la ayuda de su pequeño enclave, Israel, frente al valeroso pueblo palestino, el Líbano, Siria e Irán, que parece emerger como una superpotencia económica y, muy presumiblemente, nuclear. Veremos cómo es conciliable el régimen teocrático de los ayatolás con una población cuyas tres cuartas partes son menores de veinticinco años y con una economía que crece anualmente al 5%. Sin embargo, el islamismo parece consolidado en la antigua Persia, al menos por ahora, y lo que es peor, se extiende por los países árabes como ideología emancipadora que va poco a poco desplazando a la izquierda antiimperialista laica. La mecha en estos países la habían encendido los americanos hace dos décadas y media, cuando los fanáticos eran vistos y tratados como un aliado frente a la expansión del comunismo en Oriente Medio. Ahora se han puesto en su contra. Por desgracia, lo están también de todos aquellos que defendemos todavía, a pesar del chaparrón, un ideal de la razón emancipadora y entendemos que la vía fundamentalista sólo llevará a los pueblos árabes a suplantarse una opresión por otra.

Por su parte, China se consolida como superpotencia económica gracias a la explotación brutal a la que somete a sus trabajadores, que ha servido para que gran parte de la producción mundial se haya desplazado hacia allí como colofón de la expansión mundial del

capitalismo según sus propias leyes. A su lado emergen la India y Corea del Sur, y se mantiene Japón. Parecemos abocados a un mundo multipolar cuyas consecuencias aún nos son ajenas.

Estos tres últimos años nos han servido en nuestro país para comprobar aún más la verdadera cara de nuestra derecha: si en el gobierno eran autoritarios y soberbios, en la oposición son histéricos y demagogos. Desde el primer momento han movido todas sus piezas para sabotear al gobierno legítimamente elegido, y para ello han debido desempolvar cualquier viejo manual de técnicas de desestabilización de un gobierno democrático de la CIA, o sencillamente se han dejado asesorar por ellos a través de la FAES. Han buscado el bloqueo institucional a través de su control efectivo del poder judicial, han intentado deslegitimar al gobierno democráticamente elegido, han movilizado a sus fuerzas de choque, han envalentonado a la extrema derecha, han violentado las instituciones y han azuzado las más bajas pasiones humanas a través de mentiras o argumentos demagógicos para enfrentar a los ciudadanos con su gobierno, contando para ello con sus medios de comunicación afines, convertidos ya en auténticos propagandistas mercenarios. Todo esto no hace más que confirmar los temores que tuvimos durante aquellos cuatro días de marzo. En la oposición han descubierto que el voto con los pies es más eficaz que el que se ejerce con las manos y se han echado a la calle, pretendiendo imitar a los socialistas en la legislatura anterior. Sin embargo, la diferencia entre unos y otros es abismal. En primer lugar, porque las movilizaciones contra las políticas del PP surgieron desde las bases de los movimientos ciudadanos, de los estudiantes y de los trabajadores, y el PSOE se fue sumando a ellas de manera oportunista; ahora es el PP el que dirige verticalmente a sus bases y a sus asociaciones adláteres, y éstas se limitan a obedecer. En segundo lugar, las causas de las movilizaciones de unos y otros fueron y son radicalmente distintas: los trabajadores de Sintel levantaron su campamento durante el caluroso verano de 2001 para defender sus puestos de trabajo; los estudiantes salieron masivamente a la calle para defender el carácter público de la universidad; los trabajadores se manifestaron insistentemente contra una reforma laboral que precarizaba aún más sus condiciones de vida; los gallegos, y después ciudadanos de toda España, protestaron contra la desastrosa gestión de la crisis del Prestige que manchó las costas gallegas de chapapote mientras miles de voluntarios acudían hacia allí a limpiarlo ante el desprecio público del gobierno; finalmente, millones de españoles se manifestaron repetidamente contra la intervención de nuestras tropas en la invasión de un país que jamás había mostrado ninguna hostilidad hacia nosotros, y cuyas consecuencias fueron, para nuestro pueblo, los casi doscientos muertos del 11-M, y para José María Aznar, un puesto como consejero delegado

del poderoso magnate Rupert Murdoch en una de sus empresas, la News Corporation. Los conservadores, por su parte, se han manifestado junto a sus asociaciones amigas contra la posibilidad de acabar de una manera pacífica con el conflicto vasco, contra los derechos de los homosexuales a ser tratados legalmente como el resto de ciudadanos, para defender los injustificables privilegios de la Iglesia Católica, y recientemente para que el Estado deje morir a un preso en huelga de hambre mantenido *ad hoc* en prisión por un delito de opinión, pues el etarra De Juana Chaos ya cumplió la condena que establecía la ley para sus veinticinco asesinatos, nos guste o no. *Dura lex sed lex*.

Quedará para el recuerdo de esta extraña época que vivimos también la curiosa y ridícula *teoría de la conspiración* que ha servido al PP para mantener fieles a sus fanáticos más ideologizados. Dicha teoría mantiene todavía la posibilidad de la autoría de ETA en sus diversas modalidades, a cual más alucinante: en una de ella, los etarras habrían colaborado con los islamistas en la elaboración de los atentados; en otra, la ETA habría pactado con el PSOE para dar un golpe de Estado el 14 de marzo; en la última, serían las propias Fuerzas de Seguridad del Estado, apoyadas por los etarras, las que hubieran provocado la masacre para dar un vuelco electoral. Este delirio no hubiera durado ni dos días si no le hubiera servido al PP como punta de lanza de sus ataques a los socialistas en su política respecto al conflicto vasco, y si no hubiera sido sostenido mercenariamente por medios de comunicación como *El Mundo*, *La Razón* o el canal público Telemadrid, lo cual muestra hasta qué punto controla dichos medios el PP, o viceversa. Internet ha servido también para extender la teoría a través de páginas web que colaboran muy estrechamente con los neocon estadounidenses y de infinidad de blogs de la más diversa calaña. A los que sepan algo de historia contemporánea esto de la *teoría de la conspiración* les sonará al *Plan Cohen* que unos militares brasileños idearon en algún oscuro sótano en 1937, y el cual informaba de una supuesta conspiración comunista que pretendía hacerse con el poder en el país sudamericano, completamente falsa, cuyo objetivo fue obligar al presidente Getulio Vargas a imponer la dictadura. En un país tan dado al chismorreo y a la sospecha infundada como el nuestro, la *teoría de la conspiración*, que se basa en suposiciones vagas y en hipótesis sin una sola evidencia, ha servido para deslegitimar al gobierno como parte de una estrategia más general, y ha valido además para demostrar hasta qué punto siguen funcionando el rumor y los chismes de vieja en la que se hace llamar a sí misma, flamantemente, *sociedad de la información*. Una vez concluya el juicio sobre los atentados del 11 de marzo, en el cual, hasta ahora, las tesis conspirativas se han disipado como el humo, éstas caerán en el olvido, mereciendo ser recordadas, dentro de

algún capítulo de alguna *Historia universal de la ignominia*, sólo para escarnio de aquéllos que se forraron difundiéndolas y para vergüenza de aquéllos que alguna vez las dieron crédito.

El gobierno, mientras tanto, se ha apoyado en el cordón sanitario que todos los partidos políticos han construído alrededor del PP, gracias sobre todo a la arrogancia y la soberbia de éstos. Ha realizado algunas medidas de pura conciencia democrática que no alterasen las relaciones económicas, como la de permitir los matrimonios entre homosexuales, y en lo demás se ha mostrado como lo que es: un partido sometido al aparato de Estado heredado de la transición y a la Unión Europea. Así, nos hizo tragar con una Constitución Europea infumable, que por suerte quedó convertida en papel mojado unos meses después porque a los franceses y a los holandeses no fueron capaces de dárselas con queso, pues tanto unos como otros de queso saben bastante. Nos ha colado una reforma laboral como las de los peores tiempos del felipismo, contando para ello con la complicidad miserable de las corruptas cúpulas sindicales. No ha derogado, como prometió, la Ley Orgánica de Universidades, contra la que protestó en la calle, y además la ha ampliado. La Ley Orgánica de Educación ha sido otro desastre para las aspiraciones democráticas de sus votantes, pues con ella se ha bajado los pantalones ante la Iglesia todo lo que ha podido. En definitiva, ha intentado, como ya sabíamos, desarticular el enorme movimiento que lo aupó al poder, pues lo sobrepasaba por la izquierda al poner en cuestión peligrosamente las instituciones surgidas de la transición, y que se encuentra hoy en día entre la espada de la involución que representa el PP y la pared del mal menor que significa el PSOE, tocado, pero no hundido.

Han pasado tres años, y aunque sigamos siendo guapos, ya no somos tan jóvenes, ni tan inocentes. Tras la derrota de la derecha volvimos a nuestros cuarteles de invierno, que la izquierda institucional ha cerrado bajo siete candados. Nos temen tanto como el PP, pues forman parte de la misma farsa, la que instauraron hacer treinta años. Cada bandera republicana en una manifestación es una bofetada en la cara de la mentira. El movimiento contestatario de los últimos años había hecho temblar sus cimientos, y había que ponerlo fin. Cada uno tenía sus métodos para ello, aunque no sean lo mismo los dictatoriales de unos que los analgésicos de los otros. Al final, la democracia parlamentaria es una cuestión de alternancia de los métodos para sofocar y someter a los que no tienen otra cosa que sus manos para ganarse la vida. Seguimos sin poder comprarnos un piso, y los afortunados que lo consiguen tienen que sufrir sobre ellos la espada de Damocles de la hipoteca siempre acechante. En la tempestad de la precariedad laboral, nuestra balsa de la Medusa es el trabajo de mierda que nos da apenas de comer a costa de nuestra salud física o mental. Aquellos

cuatro días todo cambió para que todo siguiese igual. No podíamos aspirar a más, el cielo estaba demasiado lejano para poder asaltarlo.

Una semana después de los atentados tomé el tren para dirigirme a la manifestación que conmemoraba el primer aniversario de la invasión de Irak y al pasar junto a los restos de uno de los trenes siniestrados se produjo un enorme silencio en el vagón. De repente todas las miradas se dirigían melancólicamente hacia aquel artefacto inútil que hasta hacía sólo un mes había transportado a gente como nosotros a sus lugares de trabajo o estudio por la mañana y los devolvía a sus hogares por la tarde. El silencio continuó hasta que llegamos a la estación de Atocha. Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos. Ese silencio ha sido quebrado por los gritos histéricos de fanáticos que, pidiendo la verdad, asumen la mentira. Todo lo han manchado, todo lo han pervertido los violadores del lenguaje con su maquinaria de dar la vuelta a las palabras, incluso los recuerdos. No podemos olvidarlo, aun a riesgo de que, al mirar tantas veces atrás, acabemos convertidos en estatuas de sal. Aquellos cuatro días de marzo nuestro país se debatió entre el autoritarismo y la resistencia; que nuestro esfuerzo no sirviera más que para aplazar en el tiempo la solución autoritaria es algo que nos dirá la Historia. Lo que ahora podemos intuir, ya lo intuíamos entonces, es que aquellos días pudieron cambiar la faz de nuestro país, y la movilización popular lo impidió. Desde entonces, la derecha ha movido a sus fuerzas de choque contra dicha movilización para anularla y la izquierda institucional ha intentado desarticularla domesticándola. Nada de esto debe sorprendernos, todos cumplen su papel. Sin embargo, mientras recordemos los hechos, cómo se desarrollaron y sus causas, y el comportamiento de unos y otros durante aquellos días, algo de aquel movimiento seguirá vivo. ¿Dónde estabas tú el 11 de marzo de 2004?